

## Volar más alto

.....

*“Mas los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas,  
levantarán alas como las águilas, correrán y no se cansarán,  
caminarán y no se fatigarán”*  
(Isaías 40:31).

1<sup>o</sup>  
noviembre

En el libro *La educación*, Elena de White tiene una cita preciosa sobre las águilas de los Alpes: “El águila de los Alpes es a veces arrojada por la tempestad a los estrechos desfiladeros de las montañas. Las nubes tormentosas cercan a esta poderosa ave del bosque y con su masa oscura la separan de las alturas solitarias donde ha construido su nido. Se precipita de aquí para allá, bate el aire con sus fuertes alas y despierta el eco de las montañas con sus gritos. Al fin se eleva con una nota de triunfo y, atravesando las nubes, se encuentra una vez más en la claridad solar, por encima de la oscuridad y la tempestad. Nosotros también podemos hallarnos rodeados de dificultades, desaliento y oscuridad. [...] más allá de las nubes brilla la luz de Dios. Podemos elevarnos con las alas de la fe hasta la región de la luz de su presencia” (p. 105).

En efecto, en los Alpes se pueden ver las águilas exhibiendo su majestuoso vuelo en medio de las cumbres. Elena de White las vio, sin duda, en las dos visitas que hizo a Torre Pellice, en los valles valdenses del Piamonte (Italia) en 1885 y 1886. Las águilas son citadas en las Escrituras veinticinco veces, siempre para subrayar la fuerza de su vuelo, sus potentes alas, el cuidado y adiestramiento de sus polluelos. Tanto Elena de White como el texto de Isaías evocan las águilas superando los vientos y las tormentas y elevándose por encima de la tempestad.

¿Qué significa para nosotros volar más alto cuando tenemos una meta que alcanzar o estamos en medio de una tormenta de la vida? Volar más alto, por encima de los obstáculos, de la oscuridad y las dificultades, sin esperar simplemente a que se disipen. Volar más alto, más cerca de Dios, más dependientes de él, experimentando su seguridad inquebrantable. Volar más alto, elevar, aumentar, no solo nuestra comunión con Dios, sino también nuestro compromiso y lealtad. Volar más alto, ser más intrépidos, enfrentar las dificultades con más arrojo, con más valor y coraje. Volar más alto, alcanzar mayor preparación, más capacitación, más experiencia, proveernos de más y mejores recursos. Volar más alto, ser más eficaces, aspirar a la excelencia, no conformarnos con la mediocridad. Volar más alto, pedir ayuda, incrementar los colaboradores, crear un equipo.

Porque hay un Dios en los cielos... ¡decídete a volar más alto! Él te ayudará a superar las adversidades con el poder de su Espíritu Santo.

## Vivir en libertad

.....

*“Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros”*  
(Gálatas 5:13).

Christian Boireau era el director del Departamento de Jóvenes de la Unión Franco-Belga, además, era un gran comunicador y un especialista en vuelo libre con ala delta. Conociendo su afición, en la primavera de 1992 le pedimos que presentara a nuestros jóvenes una semana de reflexión espiritual titulada “Vivir en libertad”. Las reuniones fueron inspiradoras, hubo exhibiciones de vuelo, nos contó muchas experiencias.

¡Vivir en libertad! Es la esencia de la redención. Solo se puede hablar de libertad allí donde no existe. Este mundo es una enorme prisión llena de cadenas, sufrimiento y luto. Cristo vino a “pregonar libertad a los cautivos [...] a poner en libertad a los oprimidos” (Luc. 4:18) y pagó por ello un altísimo precio: ocupó nuestro lugar en esta cárcel, padeció nuestras torturas y finalmente tomó para sí la condenación de la ley, la pena de muerte y así pudimos ser libres: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres” (Gál. 5:1).

Christian nos dijo que vivir en libertad es como volar. Volar es el símbolo del dominio del espacio. Mientras miremos hacia arriba, no hay barreras porque el cielo no tiene límites; solo cuando miramos hacia abajo encontramos límites y obstáculos que sortear. Pero antes de volar hay que aprender a hacerlo porque es algo arriesgado. Hay que evitar las aves rapaces que saben cazar en pleno vuelo. Es necesario tener puntos de apoyo en los que reposar. Hay que saber volar en bandada, como las colonias de ánades, grullas y otras aves migratorias, formando una V en el cielo para surcar mejor el aire y ayudarse mutuamente sustituyendo, de vez en cuando, al guía del grupo. Finalmente, debemos saber que hay libertades que matan, como el diabólico “tiro de pichón”. Mientras el animal está encerrado en su caja, cautivo, está a salvo, pero cuando le abren la portezuela de la libertad ve el cielo, sale, vuela, pero un tirador apostado detrás de la caja sigue su vuelo con un rifle y, si tiene buena puntería, lo abate...

En aquella semana de reflexión espiritual me encargaron la conclusión de las charlas y, como ilustración final, compré siete palomas, pichones de granja, a los que íbamos a poner en libertad, lanzándolos al aire. Fue impresionante, pero solo cuatro palomas emprendieron el vuelo, las otras tres, aunque lo intentaron, cayeron al suelo porque no sabían volar, no habían aprendido a vivir en libertad.

Vive hoy la libertad que Dios te da.

## No hay enemigo pequeño

---

3

noviembre

*“Entonces Dalila dijo a Sansón:*

*‘Yo te ruego que me digas en qué consiste tu gran fuerza  
y cómo hay que atarte para que seas dominado’ ”*

(Jueces 16:6).

No sé si alguna vez has presenciado el juego de “atar con hilo de coser”. Es interesante. Se escoge a la persona más robusta que haya en la sala, se le pide que una las manos juntando las muñecas y, con una bobina de hilo de coser, se dan una o dos vueltas de hilo a sus muñecas quedando “atado” como si llevara unas esposas; luego, se le pide que, haciendo fuerza hacia fuera, rompa el hilo y se suelte, lo cual hace con facilidad. Se repite esto varias veces, añadiendo cada vez una o dos vueltas más de hilo. Llegamos un momento en el que la persona “atada con hilo de coser” ya no puede soltarse, por muy fuerte que sea. Un hilo de coser, finísimo, fácil de romper, puede convertirse en una cadena irrompible. ¡Atención! Podemos quedar encadenados por hilos de un micrómetro de espesor, todo depende de las vueltas que demos con él.

El secreto de la fuerza de Sansón no residía en sus músculos, sino en su nazareato, de lo que era un signo externo el cabello largo. No se le resistieron las cuerdas con que los filisteos le ataron tres veces, pero cuando reveló el vínculo espiritual que le unía a Dios, sus enemigos pudieron hacerlo desaparecer y anular su magnífica fuerza. Cuando “jugamos” con el pecado repetidas veces, como hizo Sansón, nuestro vínculo con Dios se debilita a la vez que va aumentando el grosor de las cadenas del tentador. No menospreciemos al enemigo, jamás lo consideremos inofensivo, “no hay enemigo pequeño”. Las vueltas de hilo son nuestra frecuentación reiterada del terreno de la tentación. La vulnerabilidad y debilidad de nuestra fuerza espiritual dependen de nuestra comunión con Dios. Elena de White nos advierte: “A menos que estemos vitalmente relacionados con Dios, no podremos resistir los efectos profanos del amor propio, de la complacencia propia y de la tentación a pecar. [...] sin una relación vital con Dios por nuestra entrega a él momento tras momento, seremos vencidos. Sin un conocimiento personal de Cristo y una continua comunión, estamos a merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 291).

No podemos descuidarnos ni un instante en la lucha espiritual. Este día ruega al Señor que te mantenga a su lado y te permita gozar de una sólida relación con él.

## ¿Has oído el silbido de las balas?

*“El que habita al abrigo del Altísimo  
morará bajo la sombra del Omnipotente”  
(Salmo 91:1).*

No hubo guerra durante el período en el que cumplí con el servicio militar obligatorio en mi país. Por consiguiente, no sé lo que es el horror de una escena real de combate, el estruendo de los cañones, el repiqueteo de las ametralladoras o el estrépito destructor de los bombardeos. Pero sí sé lo que es oír, y de muy cerca, el silbido de las balas pasando por encima de mi cabeza. Como sanitario, tenía que asistir con el equipo de socorro a los ejercicios de tiro en el campamento de instrucción militar. Un día, el capitán de la compañía me dijo: “Puyol, ven conmigo a la trinchera, vas a oír el silbido de las balas”. Y así fue, metidos en aquella zanja de dos metros de profundidad que se había excavado cerca de las dianas, oíamos silbar las balas por encima de nuestras cabezas. Era impresionante, cortaban el aire generando un ruido característico muy agudo, incomparable y amenazador pero, en aquella ocasión, en ningún modo peligroso. Estábamos protegidos por la trinchera.

Cuando el salmista dice: “No temerás al terror nocturno ni a la saeta que vuela de día” (Sal. 91:5), entonces no había armas de fuego que tirasen balas; había oído, sin duda, más de una vez, el silbido de las flechas pasando por encima de su cabeza, y había experimentado la protección y el refugio que supone para un creyente vivir al abrigo del Altísimo, bajo la sombra del Omnipotente, protegido por el escudo de la Providencia. Detesto cualquier instrumento que pueda producir la muerte. Detesto la guerra y preferiría no tener que participar en ella, pero si tuviera que hacerlo, lo haría en el cuerpo de sanidad del ejército para curar, salvar, librar de la muerte a los heridos y moribundos, aunque para ello tuviese que arriesgar mi vida. Así lo hizo aquel heroico soldado adventista, Desmond Doss que, durante la Segunda Guerra mundial, el 30 de abril de 1945, en Okinawa (Japón), rescató a 75 soldados heridos, siendo condecorado al final de la contienda con la Medalla de Honor del Congreso por el presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman.

No hace falta que haya guerra para que escuchemos también hoy silbar las fuerzas del mal en torno nuestro. Nunca ese ruido siniestro, asesino, nos resultará familiar, pero nosotros sabemos que nuestro Dios es refugio y escondedero para aquellos que creen y confían en él.

Hoy puedes confiar en que hay un Dios en los cielos que te cuida y te libra de peligros.

## ¡Me ahogo!

*“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo;  
y si por los ríos, no te anegarán”*  
(Isaías 43:2).

5

noviembre

Cuando tenía 19 años, aprovechando unos días de vacaciones estivales, toda mi familia quisimos pasar un día de campo. Escogimos una arboleda cerca de un río no muy caudaloso pero de cuyo cauce, supimos después, se extraían áridos para la construcción. Mientras mi madre preparaba la comida, mi hermano pequeño y yo decidimos tomar un baño. A pocos metros de la orilla todo fue muy bien pero, al adentrarnos hacia el centro del río, la corriente nos arrastró y fue necesario nadar en su contra. Mi hermano no nadaba bien, y cuando la corriente lo arrastró a un pozo y dejó de tocar fondo, sintió pánico y empezó a mover brazos y piernas para mantenerse a flote, pero se hundía. Yo fui nadando hacia él para ayudarlo pero, en su estado de pánico, se me sujetaba con desesperación y me hundía, así que tuve que separarme de él. En aquel momento, lancé un grito que se clavó en mi mente y en mi corazón: “¡Me ahogo!” Cuando volví mi cabeza hacia él, el agua lo había cubierto completamente. Sentí entonces una angustia indescriptible. ¿Permitiría Dios que aquella excursión familiar terminase en tragedia? ¡No Señor! ¡No! Entre sollozos, balbuceé una oración agónica: “¡Señor, salva a mi hermano!” Aunque estaba agotado, nadé como pude para salir de la corriente. Cuando volví mi vista hacia donde él estaba, vi cómo dos pescadores que habían presenciado todo lo estaban sacando a flote. Pedro, mi hermano, apenas se acuerda de los detalles de aquel accidente. Yo, por el contrario, que lo vi, que escuché aquel grito, que luché impotente para ayudarlo, que viví aquel momento de trágica búsqueda de la ayuda divina, no lo he podido olvidar jamás. Me dejó una cicatriz en algún lugar de mi subconsciente, y cuando estoy muy estresado, reproduzco en sueños el grito de mi hermano que se ahogaba.

Dios permite a veces que los momentos trágicos que hemos vivido en este mundo, en los que su mano todopoderosa fue evidente, nos dejen en alma y cuerpo alguna cicatriz indeleble que nos recuerda aquel incidente: Jacob, después de su lucha con el ángel del Señor, cojeó de su cadera permanentemente. Pablo, en su camino de Damasco, cuando fue rodeado de un resplandor del cielo, quedó ciego por unos días y guardó, para siempre, una afección en los ojos. Dios, en su magnífica providencia, salvó a mi hermano Pedro y a mí me dejó un recuerdo imborrable.

¿Eres consciente de que Dios también ha salvado tu vida?

6

noviembre

## El uno será tomado y el otro será dejado

*“Entonces estarán dos en el campo: uno será tomado y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino: una será tomada y la otra será dejada”*

(Mateo 24:40, 41).

Un día me enteré que dos estudiantes de nuestro colegio habían visitado una discoteca y fumado un porro. La situación era grave porque casi todos los que viven el horror de la drogadicción comienzan fumando inocentemente hierba. A pesar de todo, antes de comunicarles a los padres lo sucedido, los llamé a mi despacho y les propuse un pacto “entre caballeros”. Yo no diría nada a sus padres y el hecho quedaría entre nosotros, si ellos se comprometían delante de Dios a no frecuentar jamás un lugar así ni volver a fumar marihuana. Sin titubeos, ambos aceptaron. Oramos y nos separamos. ¿Qué pasó después? Uno de ellos terminó el año escolar en el colegio, se graduó años más tarde como pastor y ha tenido hasta hoy un ministerio bendecido por el Señor. El otro, a los pocos días, tuvo que dejar la institución y regresar con su madre que pagaba sus gastos escolares trabajando largas noches de costura. Me seguí interesando por él, hablaba frecuentemente con la madre, pero terminó dejando de asistir a la iglesia.

Cuando Cristo vuelva a este mundo, el destino de cada uno quedará sellado por la eternidad. El texto dice: “Uno será tomado y el otro será dejado”. ¿Será arbitraria la gracia divina que salvará a uno y condenará a otro? ¿Es Dios injusto con el destino de los hombres? ¡No! Dios quiere que todos los hombres sean salvos y nos perdona mil veces nuestros desvaríos, pero la salvación no se impone ni se vende, más bien, se ofrece gratuitamente. Son el libre albedrío humano, las respuestas responsables a las posibilidades ofrecidas por el cielo, su compromiso personal en el proceso de la salvación, su dependencia de Dios, los que determinan su suerte y destino.

Comentando el caso de Esaú y Jacob, Elena de White dice: “No hubo una elección arbitraria de parte de Dios, por la cual Esaú fuera excluido de las bendiciones de la salvación. Los dones de su gracia mediante Cristo son gratuitos para todos. No hay elección, excepto la propia, por la cual alguien haya de perecer. [...] Las medidas tomadas para la redención se ofrecen gratuitamente, pero los resultados de la redención son únicamente para los que hayan cumplido las condiciones” (*Patriarcas y profetas*, pp. 184, 185).

Dios ha puesto todas las condiciones para transformar tu vida, superar tus adversidades y brindarte la salvación. Pero la decisión de aceptar sus bendiciones es tuya.

## Juslibol

.....

*“Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador,  
pues él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad”*  
(1 Timoteo 2:3, 4).

7

noviembre

**J**uslibol es un barrio rural de Zaragoza (España) que se encuentra a cinco kilómetros y medio al norte del centro urbano, sobre el acantilado de uno de los meandros abandonados del río Ebro. Cerca, existen los restos de un castillo medieval, el Castillo de Miranda, donde los jóvenes de la iglesia íbamos frecuentemente de excursión. Pero ¿sabes cuál es el origen del topónimo de Juslibol? Yo no lo supe hasta que el profesor de Historia Medieval nos lo explicó un día en clase.

El rey aragonés Pedro I, en 1101, quiso tomar Zaragoza a los moros porque era uno de los mayores y más ricos bastiones de los árabes en la Edad Media española. A poca distancia de la ciudad, desde el promontorio de la ribera izquierda del río Ebro, donde se asentaron las tropas para asediar la ciudad, se veían los palacios, las torres y las casas de la capital musulmana y, al contemplarla, los soldados prorrumpieron con el grito de guerra que el papa Urbano II había lanzado cuando predicó la Primera Cruzada de Tierra Santa: *¡Deus lo vol!* (¡Dios lo quiere!). Zaragoza no pudo ser conquistada en esta ocasión, pero aquel grito de guerra dio nombre al campamento de los soldados cristianos, nombre que ha derivado en el actual topónimo Juslibol, ¡Dios lo quiere!

Como hijos de Dios, es muy importante saber qué es lo que Dios quiere. El Señor no quiso los ríos de sangre que los cruzados derramaron en el Medio Oriente; tampoco quiso los autos de fe de la Inquisición, ni las guerras de religión en Francia, ni el degüello de la fatídica Noche de San Bartolomé, ni el exterminio de seis millones de judíos por los nazis; ¿Dios lo quiere? No, Dios no quiere que, en su nombre, se cometan hoy actos terroristas que producen miles de víctimas inocentes. ¿Qué es entonces lo que el Señor quiere?

Al contemplar este mundo dominado por Satanás, Dios quiere que volvamos a prorrumpir con el grito de guerra ¡Juslibol!, “¡Dios lo quiere!”, “alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat. 5:16); quiere que prediquemos el evangelio del reino, en todo el mundo, por testimonio a todas las gentes para que venga el fin (Mat. 24:14) porque “esto es bueno y agradable delante de Dios, nuestro Salvador”.

Hoy es tiempo de que decidas en tu corazón hacer lo que Dios quiere.

## Un tizón arrebatado del incendio

*“Entonces dijo Jehová al Satán: ‘¡Jehová te reprenda, Satán!  
¡Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda!  
¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?’”*  
(Zacarías 3:2).

Jesús Ubieta Bustos militó en las juventudes socialistas, estuvo alistado en el Ejército republicano y no fue de los ganadores en la Guerra Civil española. Al terminar la guerra fue detenido y llevado a prisión, entonces tenía dieciocho años. Después de varios años en diversas cárceles españolas, fue condenado a muerte. En la cárcel de Bilbao, todas las madrugadas, un pelotón de soldados al mando de un oficial pasaba por los calabozos e iba llamando a algunos presos que ya no volvían... pero siempre pasaban de largo por la celda de Jesús Ubieta. ¿Cuándo le llamarían a él? Y ese día también llegó. En un juicio sumárisimo, le preguntaron si tenía algo que alegar y él respondió que jamás había manchado sus manos de sangre. Era socialista porque estimaba los valores de esa ideología política. Después, un sacerdote le dijo que quería confesarle antes de morir, pero Ubieta se negó rotundamente porque su conciencia estaba limpia y además, porque no era creyente. Entonces, el jesuita lo sacó del grupo y le dijo: “¡Quédate en ese cuarto! Tú y yo tenemos que hablar. ¡Te voy a convencer antes que mueras!” Nunca supo por qué el padre Vilariño no volvió. ¿Había descubierto en él un hombre sincero, cabal, honesto que no merecía morir? ¿O fue el orgullo herido del sacerdote que no quiso tolerar la resistencia del reo, aunque después se olvidó de él?

Dios lo sabe, lo cierto es que, según se ha dicho, el gobierno del general Francisco Franco enviaba el indulto a los presos políticos condenados a muerte, uno o dos días después de la ejecución, pero, en el caso del preso Jesús Ubieta Bustos, el indulto le llegó en vida. Las autoridades de la prisión se vieron obligadas a dejarle en libertad. Años más tarde, Ubieta entró en contacto con la Iglesia Adventista y fue bautizado, junto con su familia, el 20 de abril de 1969, ejerciendo durante varios años el ministerio del colportaje. Él mismo me contó su providencial historia cuando era colporteur.

Satán había condenado a este hombre a ser una víctima más de las purgas políticas de la Guerra Civil española, pero Dios lo exculpó y liberó, fue como “un tizón arrebatado del incendio”.

Los hombres, las circunstancias, nuestros actos nos llevan, a veces, por caminos de desolación y muerte, pero hay un Dios en los cielos que lo puede cambiar todo y librarnos del irremediable incendio.

Agradece hoy la misericordia divina en tu vida.

## Sabios en el bien e ingenuos en el mal

*“Vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos,  
y por eso me gozo de vosotros. Pero quiero que seáis  
sabios para el bien e ingenuos para el mal”*

(Romanos 16:19).

9

noviembre

Antes de concluir la epístola, como una especie de posdata, ante aquellos que causan disensiones y escándalos contra la doctrina, el apóstol tras encomiar la obediencia a la verdad de los creyentes romanos que es de todos notoria, les dice que quisiera que fueran “sabios para el bien e ingenuos para el mal”. ¿Qué quiere decir el apóstol? ¿Cómo y por qué ser sabios para el bien? ¿Qué significa ser ingenuos para el mal?

El término griego *akéraios* (ingenuos) ha recibido muy diversas traducciones: “inocentes”, “sencillos”, “inmunes”, “puros”, “sin componendas”. En cuanto a *sofous* (sabios) que aparece veinte veces en el Nuevo Testamento, ha sido traducido por “prudentes”, “listos”, “ingeniosos”, “avisados”. Normalmente, un moralista hubiera dicho: “Sencillos respecto al bien y prudentes respecto al mal”, pero Pablo dice justamente lo contrario. ¿Por qué?

El término *akéraios* era usado por los griegos para referirse al vino sin agua o al metal puro, sin mezcla de otros metales, por lo que entendemos que el apóstol quiere decir que respecto al mal solo cabe una sola actitud: el rechazo. Es decir, no debemos hacer componendas con el mal, es peligroso hacer concesiones, razonarlo o justificarlo. Pablo recomienda una actitud que sea inequívoca, clara, pura, sin mezcla, no intoxicada o adulterada. Es, por consiguiente, la virtud de la rectitud moral que no se alía con mal, que conserva su calidad de metal puro. Pablo lo explicita en Filipenses 2:15: “Para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como lumbreras en el mundo”.

Y con relación a lo que es bueno necesitamos discernimiento, prudencia, sabiduría, ingenio. ¿Por qué? Porque podemos estropear o destruir algo bueno, por la manera imprudente y torpe de tratarlo: ¿Es el momento oportuno? ¿Cómo? ¿A quién? ¿Dónde debemos presentarlo, defenderlo o propiciarlo? No bastan las buenas intenciones, no basta con tener razón, no es suficiente que nos asista la verdad. Necesitamos la habilidad práctica, la circunspección, el saber hacer que los griegos llamaban sabiduría. Con el mal, son un peligro la habilidad y la destreza. Con el bien, son un peligro la simpleza y la ingenuidad, ya que se pueden convertir en intransigencia. Jesús dijo: “Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (Mat. 10:16).

El Señor puede ayudarte a vivir sabiamente en un mundo de pecado.

10  
noviembre

## Los perros ¿tienen alma?

*“Yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; con todo ser viviente que está con vosotros: aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra”*  
(Génesis 9:9, 10).

Recuerdo que un día, en los coloquios sobre temas religiosos organizados en interés de la reina Sofía de España por la Fundación Pensamiento y Ciencia Contemporáneos, habíamos tratado los conceptos bíblicos de cuerpo, alma y espíritu. El ser humano no tiene un alma susceptible de separarse o salir del cuerpo cuando este muere, más bien, el ser humano es un alma. “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente” (Gén. 2:7). El alma en el ser humano es la vida individualizada, es sinónimo de persona y designa, como el cuerpo y el espíritu, al hombre en su totalidad. Alma y vida son términos intercambiables que desaparecen ambas al morir: “El alma que peque, esa morirá” (Eze. 18:20).

Tal vez un poco confundida por la novedad de esos conceptos, conjeturando que el alma sea un principio vital propio únicamente del hombre, la reina me hizo esta pregunta: “Los perros ¿tienen alma?” No sé qué le hubieses respondido tú, pero yo no dudé un instante: “Sí, majestad, tienen alma, pero alma de perro...”

El término hebreo traducido por alma es *néfesh*, que designa la vida en su vitalidad; este es el sentido que la tradición del Antiguo Testamento y el judaísmo dan a esta palabra. La Biblia afirma de *néfesh* lo que nosotros afirmamos de la vida misma, que comienza y que acaba, que la podemos perder o conservar, que se restablece o cesa (Juec. 16:30; 1 Rey. 3:11; Isa. 53:12). La *néfesh* no es en absoluto inmortal. Tanto el hombre como las bestias son un alma diferenciada. En nuestro versículo de hoy, Dios dice a Noé que establece una alianza con él y su familia y con “con todo ser viviente que está con vosotros”. La mayoría de las versiones traducen esta palabra por ‘seres vivientes’, pero el término hebreo es alma, *néfesh* y, como aquí se trata de los seres vivientes que entraron en el arca, es equivalente a animales.

Recuerda hoy que le debes la vida a Jesús. Decide usar lo mejor de ti para honrar y glorificar al Padre celestial.

## ¡Levanta con fuerza tu voz!

11  
noviembre

*“Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta con fuerza tu voz, anunciadora de Jerusalén. ¡Levántala sin temor! Di a las ciudades de Judá: ‘¡Ved aquí al Dios vuestro!’ He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo dominará; he aquí que su recompensa viene con él y su paga delante de su rostro”*  
(Isaías 40:9, 10).

Como resultado de la unidad fundamental de la Palabra de Dios, el profeta Isaías y el Apocalipsis tienen una perspectiva semejante, imágenes comunes, planos históricos o escatológicos, vocabulario coloreado e hiperbólico en el Apocalipsis, más natural y directo en Isaías pero ambos apremian al pueblo de Dios a proclamar un mensaje de advenimiento en alta voz en medio del griterío y la confusión de tantas voces contradictorias.

Voces repetitivas de charlatanes que pregonan frases publicitarias. Voces de políticos que prometen una paz y prosperidad inalcanzables. Voces de sabios y filósofos que pretenden haber descubierto la piedra filosofal para mejorar un humanismo trasnochado. Grandes voces de periodistas sedientos de sensacionalismo. Voces de confrontación y de violencia, gritos de guerra. Voces de angustia y de impotencia, clamores de hambre y de sed de justicia y equidad. Voces de desesperación, de desencanto, de escepticismo y de amargura. Pues bien, en medio de todas esas voces, el pueblo de Dios debe proclamar el evangelio eterno, el juicio de Dios, la segunda venida de Cristo. ¿Qué significa levantar con fuerza nuestra voz?

Significa que hemos de proclamar el mensaje con absoluta confianza y convicción, sin orgullo espiritual, pero sin falsa vergüenza: “No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor [...] porque yo sé a quién he creído” (2 Tim. 1:8, 12). Significa que hemos de dar a la proclamación del mensaje un carácter prioritario. Significa que hemos de pregonar las reformas que Dios nos ha enseñado para este tiempo, seguros de que son respuesta a las crisis y tendencias que imperan hoy. Significa que debemos recibir el poder del Espíritu Santo como en Pentecostés. Significa que hemos de vivir lo que proclamamos, porque nuestra vida habla mucho más fuerte que nuestras palabras: “Nuestra influencia sobre los demás no depende tanto de lo que decimos, como de lo que somos. Los hombres pueden combatir y desafiar nuestra lógica, pueden resistir nuestras súplicas; pero una vida de amor desinteresado es un argumento que no pueden contradecir. Una vida consecuente, caracterizada por la mansedumbre de Cristo, es un poder en el mundo” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 115).

Decide tú también ser una buena influencia para tus semejantes.

## El origen del miedo

*“Él respondió: ‘Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí’ ”*  
(Génesis 3:10).

Ocurrió en el Edén, como un primer testimonio significativo de las consecuencias del pecado, la palabra “miedo” apareció en el lenguaje y en la mente del hombre por primera vez para designar un sentimiento nuevo, extraño, de inseguridad, de vulnerabilidad, de impotencia y desnudez interior; de soledad, ante el alejamiento del Creador generado por la desobediencia. Habían querido ser autónomos y, como consecuencia, sintieron el miedo provocado por una nueva comprensión del Dios Creador. A partir de ese momento, el imperio del miedo se estableció en este mundo. En aquellos albores de la vida en la tierra, cuán significativo es el miedo de Caín, después de haber matado a su hermano Abel y recibido la maldición divina, cuando expresa en su angustia el temor de la culpabilidad: “Entonces Caín respondió a Jehová: ‘Grande es mi culpa para ser soportada. Hoy me echas de la tierra, y habré de esconderme de tu presencia, errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me encuentre, me matará’ ” (Gén. 4:13, 14).

El miedo es una “perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario”. El miedo genera ansiedad, inseguridad, temor e incluso pavor, como resultado de la percepción de algo que amenaza y altera la estabilidad personal. Los temores se pueden agudizar y crear estados de ansiedad que trastornan la vida y la vuelven poco apetecible.

Desde el punto de vista teológico, el miedo es una consecuencia —la primera— de la separación de Dios motivada por el pecado. Es el resultado de la ruptura del vínculo de dependencia del hombre con el Dios creador. Dios creó un ser semejante a él, cuya subsistencia estaba garantizada por un vínculo de estrecha comunión. Los seres humanos fuimos creados de tal manera que nuestro bienestar y estabilidad emocional dependen necesariamente de nuestra relación con Dios: la adoración, la confianza, el amor, la obediencia son la condición de la vida plena del ser humano.

Soren Kierkegaard dice que la vida fuera de Dios está caracterizada por la duda, la sensualidad, el temor o la desesperación. Lo opuesto es una relación personal entre el hombre y Dios: “En el día que temo, yo en ti confío” (Sal. 56:3).

Porque hay un Dios en los cielos... él puede ayudarte a superar tus miedos.

## Universalidad del miedo

.....  
"Jacob tuvo entonces gran temor y se angustió"  
(Génesis 32:7).

13

noviembre

Jean-Paul Sartre, filósofo francés, representante del existencialismo ateo, dijo: "Todos los hombres tienen miedo, todos. Quien no tenga miedo no es una persona normal, y eso no tiene nada que ver con el valor". La palabra "miedo" y su sinónimo "temor" están profundamente enraizadas en el lenguaje habitual: "Morirse de miedo", "miedo cervical", "miedo invencible", "dar miedo". Estas y otras muchas expresiones muestran una presencia incontrovertible del miedo en lo cotidiano porque el miedo no es extraño a los estados afectivos del hombre, más bien, forma parte de nuestras propias estructuras mentales como una reacción normal, espontánea del ánimo ante cualquier circunstancia que represente un peligro real o imaginario. El miedo es tan universal como el pecado en el mundo en que vivimos.

En la Sagrada Escritura la palabra "miedo" y sus derivados de la misma raíz aparecen 435 veces en el Antiguo Testamento y 142 veces en el Nuevo. Es, por consiguiente, un término que tiene frecuente presencia en la Biblia. En realidad, todos los hombres en la historia bíblica, pasaron episodios de temor o miedo. Por ejemplo, Abraham, después de la campaña contra los reyes de la llanura (Gén. 15:1). Jacob experimentó gran temor cuando iba al encuentro de su hermano Esaú. Moisés, presa del miedo, huyó del palacio del faraón al desierto cuando su crimen fue descubierto (Éxo. 2:14). David, que no temió al gigante Goliat, tembló y se angustió cuando era perseguido por Saúl o cuando huía de su hijo Absalón (Sal. 18:5-7). También Elías fue asaltado por el miedo y el pavor a causa de las amenazas de la reina Jezabel (1 Rey. 19:3). Los discípulos, Pedro, el mismo Jesús, fueron todos víctimas de la angustia en los relatos de la Pasión (Mat. 26:69-74; Heb. 5:17).

¿Y nosotros? ¿Hemos sufrido la sensación de tener miedo? ¿Nos ha embargado alguna vez la inseguridad, la impotencia, el desaliento o el pánico? ¿Qué hemos hecho para remediarlo? ¿Cómo lo hemos vencido? ¿De la misma manera que lo hicieron Abraham, Jacob, David, Elías, Jesús, orando al Señor? A veces, es necesario que pongamos vehemencia, intensidad, incluso pasión, gritos y lágrimas en nuestra oración, pero el Señor responderá y la seguridad del cielo inundará nuestro ánimo y nos devolverá la paz: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo" (Juan 14:27).

Pide al Señor que su paz llene hoy tu corazón.

## ¡Tengo miedo!

*“Y cualquiera que reciba en mi nombre  
a un niño como este, a mí me recibe”*

(Mateo 18:5).

Hace algunos años, una de las noticias más estremecedoras que he escuchado tuvo que ver con un niño de diez años que apareció colgado en el trastero de su casa. Tenía solo diez años. Era un niño normal. Pero lo cierto es que había preparado su muerte con la fría crueldad de un adulto. Sobre la mesa de estudio estaba esa carta que repite lo tan sabido: “No culpéis a nadie de mi muerte. Me quito la vida voluntariamente”. Y, luego, por toda explicación, dos únicas, horribles, vertiginosas palabras: “Tengo miedo”.

Tenía miedo. Ni él mismo hubiera sabido explicar muy claramente de qué. Pero estaba solo. Tan solo como todos los niños encerrados en las cuatro paredes de esa infinita soledad que sienten los pequeños cuando no son suficientemente amados. Este chico, mientras subía el tramo de escalera que iba del séptimo al octavo piso donde estaba el trastero, no sabía, no había leído todas esas estadísticas que aseguran que anualmente en el mundo más de dos millones de niños son sometidos a malos tratos; que en Estados Unidos cada año los hospitales atienden entre cien y doscientos mil casos de niños torturados, entre sesenta y cien mil casos de pequeños sometidos a violencia sexual y que cerca de ochocientos mil son abandonados por sus padres y familiares. Tampoco sabía mientras pasaba su cinturón alrededor del tubo de la calefacción que aquel trágico momento formaba parte del Año Internacional del Niño...

Por si fuera poco, el miedo también facilita que diversas enfermedades afecten nuestras vidas: “Muy íntima es la relación entre la mente y el cuerpo. Cuando una está afectada, el otro simpatiza con ella. La condición de la mente influye en la salud mucho más de lo que generalmente se cree. Muchas enfermedades son el resultado de la depresión mental. Las penas, la ansiedad, el descontento, remordimiento, sentimiento de culpabilidad y desconfianza, menoscaban las fuerzas vitales y llevan al decaimiento y a la muerte” (*Consejos sobre la salud*, p. 341).

En estos tiempos de sobreexposición a todo tipo de información (gran parte de ella muy frustrante), niños, jóvenes y adultos somos proclives a padecer los efectos del miedo. Por eso, recibir a Jesús en nuestras vidas es tan importante. Su presencia abrirá horizontes de esperanza que cambiarán las perspectivas más pesimistas.

Acércate hoy como un niño a Jesús. Reconoce tus debilidades. Confíesale lo vulnerable que te sientes. Dile que tienes miedo. Él te recibirá y te dará paz.

## Gritos y lágrimas en Getsemaní

*“Y Cristo, en los días de su vida terrena, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, y fue oído a causa de su temor reverente”*

(Hebreos 5:7).

15  
noviembre

Si hay un momento sublime y atroz a la vez en el que la realidad insoslayable de la encarnación del Hijo de Dios mostró su flanco más humano, débil y vulnerable, fue durante los episodios de la Pasión de Cristo. A veces, el epílogo sobrenatural, glorioso de esos dramáticos momentos, culminados por el relato de la resurrección, nos hace pensar que Cristo no padeció como nosotros los sufrimientos y el dolor agónico de la muerte; que siendo Dios mismo, no pudo sufrir, tener angustia y miedo. Pero este docetismo (herejía que niega, sobre todo, la humanidad verdadera de Jesús) enmascarado alejaría inconmensurablemente al Salvador del resto de los seres humanos, convertiría en mera ficción los principales episodios del evangelio y pondría en duda no solamente la realidad de la encarnación, sino también la salvación misma.

Numerosos textos de los escritos evangélicos y de las epístolas afirman la perfecta humanidad del Hijo del hombre, su identificación y muerte vicaria como mediador y representante de los seres humanos. Negar esa verdad esencial del evangelio o pretender darle una interpretación sesgada sería hacer violencia al mensaje bíblico y romper el esquema mismo de la redención. Pues bien, en esos relatos de la Pasión aparece el concepto del miedo y la angustia aplicados a la fenomenología emocional sufrida por Jesús antes y durante la crucifixión: “Lleno de angustia oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Luc. 22:44).

También Elena de White subraya la trágica realidad existencial que Cristo vivió en ese momento: “Los discípulos [...] Vieron su rostro surcado por el sangriento sudor de la agonía... Apartándose, Jesús volvió a su lugar de retiro y cayó postrado, vencido por el horror de una gran oscuridad. [...] Habiendo hecho la decisión, cayó moribundo al suelo del que se había levantado parcialmente” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 641).

Si alguna vez tienes que afrontar la muerte de manera consciente, si eres testigo de cómo se escapa la vida en un ser amado, si el terror, la angustia, la agonía aparecen en tu alma atribulada o moribunda, piensa que, antes que tú, Jesús ya pasó por ese trance para salvarnos: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:18).

Jesús también se ha sentido angustiado. Él puede entenderte mejor que nadie. Cuéntale lo que te sucede. Él conoce la solución a tus complejidades.

## ¡No temas!

*“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”*  
(Isaías 41:10).

Ante la universalidad del miedo, la revelación bíblica no podía silenciar un remedio para mitigar sus demoledores efectos anímicos. Así es, uno de los mayores esfuerzos de la gracia divina que nos presenta la Escritura es aquel que va destinado a calmar y controlar el miedo de la humanidad. “No temas” es la expresión clave de toda la historia de la salvación, representa una constante de la revelación divina al hombre tras la aparición del pecado. Se ha hecho la recensión del uso de esta palabra y se ha hallado que la raíz hebrea de esta frase aparece 365 veces en el texto sagrado. Según los especialistas, esta frase es un oráculo de salvación, una palabra revelada que promete consuelo y protección, que infunde seguridad y confianza.

“No temas” es el antídoto dado por Dios al miedo, a la desnudez y a la ocultación manifestados por nuestros primeros padres en el relato de la caída. “No temas” forma parte de las estructuras mentales del creyente condicionantes del proceso de la salvación. Es promesa y es confianza, es compromiso divino y fe humana, es providencia divina frente a las eventualidades e incertidumbres de la vida en este mundo.

A Abraham Dios le dijo: “No temas, Abram, yo soy tu escudo, y tu recompensa será muy grande” (Gén. 15:1). A los israelitas antes de atravesar el mar Rojo: “No temáis; estad firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver nunca más” (Éxo. 14:13). A Josué cuando iba a atravesar el Jordán: “Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas” (Jos. 1:9). A los pastores de Belén: “No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Luc. 2:10, 11). Jesús proclamó: “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino” (Luc. 12:32).

Dios desea que “no temas” produzca en todos nosotros no solo confianza, esperanza y paz, sino también amor genuino hacia él: “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor” (1 Juan 4:18).

Hoy no debes tener miedo. Dios te ama.

## Muriéndose a causa del temor

---

*“Los hombres quedarán sin aliento por el temor  
y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra,  
porque las potencias de los cielos serán conmovidas”*

(Lucas 21:26).

17

noviembre

Un nuevo factor de temor se ha incorporado a la crónica habitual de nuestros días, se trata del terrorismo. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, y los de Atocha, en Madrid, del 11 de marzo de 2004, ambos con lamentables víctimas mortales, produjeron una ola de temor colectivo; las catástrofes naturales que se repiten con una frecuencia inaudita causando devastación y ruina en diferentes partes del mundo a través de terremotos, tornados, *tsunamis*, huracanes; los presagios de desastres ecológicos y la crisis económica mundial también se anotan en esta lista de desencadenantes del miedo. Por si fuera poco, el sida ha puesto a algunos países africanos en vías de la extinción. Todos estos sucesos han desarrollado el miedo colectivo y la angustia de la sociedad.

Pero ¿dónde se encuentra el remedio? La respuesta es clara y curiosa a la vez: se encuentra en el mensaje del primer ángel proclamado por la Biblia: “¡Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas!” (Apocalipsis 14: 6-7). El remedio es el evangelio eterno, el conocimiento del tiempo y el temor de Dios. El evangelio es un mensaje de paz, de gozo, de salvación. Comporta un principio de esperanza que genera en el creyente un condicionamiento psicológico positivo frente al dolor y al temor de los tiempos actuales. El conocimiento del tiempo, el estudio de las profecías del fin, descorre el velo del futuro y nos permite saber que es inminente el regreso del Salvador. Por eso Jesús dijo: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Luc. 21:28). Finalmente, el temor de Dios es el remedio paradójico contra el temor característico de nuestro tiempo. En realidad, el temor de Dios no es miedo sino piedad, no es solamente reverencia sino dependencia, fe y confianza en el Padre celestial. Es el reconocimiento de su existencia, de su soberanía en el mundo y de su providencia.

Los hijos de Dios no necesitamos vivir desalentados y paralizados por el miedo. La esperanza en Cristo y sus benditas promesas nos brindan la fortaleza para enfrentar las crisis que vendrán.

Enfrenta cada nuevo día con la seguridad que te da saber que hay un Dios en los cielos.

18  
noviembre

## La Gioconda está triste

.....

*“Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, cambió el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado”*

(Daniel 3:19).

De todas las obras pictóricas del Renacimiento italiano, una de las más famosas es La Gioconda, el retrato de La Mona Lisa, que Leonardo da Vinci pintó en 1503 y que se exhibe en el Museo del Louvre de París (Francia). Lo singular de este cuadro es la enigmática sonrisa de La Gioconda que proporciona a su rostro una mirada misteriosa y ambigua que ha merecido las más sutiles interpretaciones y que, en realidad, nadie ha sabido imitar en las miles de copias que se han hecho de ella.

Hace unos años, en un concurso de cortometrajes, el ganador fue una película producida por Televisión Española, *La Gioconda está triste*. El guionista quiso plasmar en una ingeniosa parodia la situación a la que estaba llegando la humanidad debido a la pérdida de la capacidad de sonreír. Un día, el guardián del Louvre encargado de la sala donde se encuentra la pintura, observó con asombro que había desaparecido la sonrisa de la dama y en su lugar se contemplaba una horrible mueca de tristeza. Al principio se creyó que el cuadro original había sido robado y en su lugar habían colgado una mala reproducción, pero no, el cuadro era el original. Tampoco se trataba de un fenómeno químico que hubiera corrido los colores. La perplejidad de los técnicos aumentó cuando empezaron a llegar noticias de que, en todas las copias existentes en otros museos del mundo, La Gioconda había perdido su sonrisa trocada por un gesto de tristeza. Finalmente se interpretó este extraño suceso como el reflejo de la propia realidad de la sociedad. La humanidad había perdido la facultad de sonreír.

Se convocó entonces un encuentro internacional en Londres con representantes de todo el mundo. Allí, ante el famoso Big Ben, mientras el reloj tocaba las doce campanadas, las gentes reunidas debían romper el hechizo de la tristeza comenzando todos a sonreírse los unos a los otros. Pero, a pesar de los esfuerzos realizados nadie lo conseguía, convirtiéndose el intento en la expresión de muecas horribles y en llantos. El reloj continuaba dando las campanadas y al llegar a la última, se produjo un cataclismo que destruyó el planeta.

La ficción de este filme no deja de tener cierta concomitancia con la profecía del temor general en el tiempo del fin. Esta es una de las grandes tragedias de nuestra acelerada vida. Pero la Escritura nos dice: “Estad siempre gozosos” (1 Tes. 5:16), y nosotros sabemos por qué.

## Las glosas emilianenses

---

*“Alegra el alma de tu siervo,  
porque a ti, Señor, levanto mi alma”*  
(Salmo 86:4).

19  
noviembre

Es curioso, David está pidiendo a Dios lo mismo que aquel monje anónimo que escribió *Las glosas emilianenses*. Está pidiendo gozo. Corría el año 977, en el monasterio benedictino de Suso, en San Millán de la Cogolla, en el corazón de la naciente Castilla, un monje escribirá, en el margen del texto latino de un sermón de San Agustín sobre las señales del fin, las famosas glosas que representan las primeras cláusulas redactadas en castellano. Este es pues, el origen del español, lengua hablada hoy por más de cuatrocientos millones de personas en el mundo.

Pues bien, esas primeras frases escritas en español, son en realidad una oración musitada con estremecimiento por el monje, después de leer los horrores del fin del mundo que San Agustín anunciaba para el año 1000 de la Era Cristiana, es decir, para unos veintitrés años más tarde. Esta es la transcripción de esa oración al castellano actual, hecha por el filólogo Ramón Menéndez Pidal: “Con la ayuda de nuestro dueño, don Cristo, don Salvador, el cual dueño es en la honra y el cual dueño tiene la potestad con el Padre, con el Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente tal servicio hacer que delante de su faz gozosos seamos”.

El monje del monasterio de San Millán pide en su oración gozo en una época de temor, de miedo generalizado por los desastres y calamidades anunciados para el año 1000. Entonces eran presagios catastrofistas vaticinados por profetas de mal agüero; hoy, desgraciadamente, son datos, informes, hechos reales de la crónica diaria de nuestro tiempo. Paradojas de la historia, la oración del monje debiera ser, mil años después, la nuestra.

Con un nudo de inquietud en las gargantas pidamos al Salvador: “Con tu ayuda Señor y Salvador nuestro Jesucristo, que compartes con el Padre y con el Espíritu Santo la potestad sobre todo lo que existe, que conduces los siglos de los siglos de la historia de este mundo al soberano cumplimiento final de tu santa voluntad, pedimos, en este tiempo de temor y de angustia de gentes, que presentes a tu pueblo delante de la faz del Padre, llenos de gozo real y verdadero. Amén”.

Los seres humanos seguimos teniendo sed de gozo, alegría y felicidad. Ninguna de esas virtudes es pecaminosa. Más bien, son dones del Espíritu Santo (Gál. 5:22). Tú también puedes acceder a ellas, cambiar tu vida y experimentar que hay un Dios en los cielos.

20

noviembre

## Tiempo de angustia para Jacob

*“¡Ah, cuán grande es aquel día!*

*Tanto, que no hay otro semejante a él. Es un tiempo de angustia para Jacob, pero de ella será librado”*

(Jeremías 30:7).

El profeta Daniel habla de un tiempo de angustia cuando termine el tiempo de gracia: “Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Dan. 12:1). Jesús también hizo referencia a este período (Mar. 13:19). La aflicción de esos días finales afectará tanto a los justos como a los impenitentes.

El profeta Jeremías compara ese tiempo con la noche de aflicción y tribulación de Jacob cuando luchó en oración para ser librado de la venganza de Esaú que se acercaba a él con cuatrocientos hombres armados; Jacob quiso quedarse solo con Dios para confesarle su pecado, mostrarle su arrepentimiento e invocar el pacto que veinte años atrás había hecho con él en Betel. Y mientras en las tinieblas y la soledad de la noche, seguía orando entre lágrimas, una mano se apoya en su hombro, Jacob lo confunde con un enemigo y entabla una lucha con él que dura toda la noche. Al llegar las primeras luces del alba, el desconocido le asesta un golpe que paraliza al patriarca, aferrándose impotente y suplicante al cuello de su misterioso adversario. Solo entonces descubre que es Jesús, el Ángel del pacto, del que finalmente obtiene el perdón, un cambio de naturaleza y la bendición deseada.

Para nosotros, ahora es el tiempo de prepararnos para prevalecer en el tiempo de angustia final. “Los tiempos de apuro y angustia que nos esperan requieren una fe capaz de soportar el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no desmaye a pesar de las pruebas más duras. [...] Todos los que se aferren a las promesas de Dios como lo hizo él [Jacob], y que sean tan sinceros como él lo fue, tendrán tan buen éxito como él. Los que no están dispuestos a negarse a sí mismos, a luchar desesperadamente ante Dios y a orar mucho y con empeño para obtener su bendición, no lo conseguirán” (*El conflicto de los siglos*, p. 606). En nuestras pequeñas pruebas no siempre obtendremos la respuesta que pedimos y esperamos del Señor, pero nuestra confianza implícita en su Palabra nos está preparando para vencer cuando llegue la oscura y terrible noche de la angustia de Jacob.

Confiemos hoy en su bendita promesa: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarán ni la llama arderá en ti” (Isa. 43:1, 2).

## No habrá más llanto, ni clamor, ni dolor

*“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos;  
y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor,  
porque las primeras cosas ya pasaron”*  
(Apocalipsis 21:4).

21

noviembre

Una serie de expresiones paralelas, solemnes y enfáticas caracterizan los anuncios proféticos del Apocalipsis en relación con los tiempos finales y la tierra nueva: “El tiempo no será más” (10:6); “Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada” (18:21); “ya no habrá más muerte” (21:4); “Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche” (21:25); “Y no habrá más maldición” (22:3). Es evidente que todas aquellas causas trágicas del temor, la angustia o el miedo, cesarán y desaparecerán definitivamente cuando Dios conduzca la historia de este mundo a su final. El tiempo, como oportunidad y circunstancia y como materia prima de la que están hechos los acontecimientos buenos y malos de la historia, no será más. El miedo, nacido en Edén, acompañando a la humanidad desde entonces, no será más porque “la calamidad no se repetirá” (Nah. 1:9, NVI). El mal, causado por la rebeldía contra las santas leyes de Dios, con sus funestas consecuencias de dolor y sufrimiento, dejará de existir.

Otros textos apocalípticos del profeta Isaías subrayan el gozo perpetuo y la alegría como actitudes positivas que existirán en los nuevos cielos y la nueva tierra en lugar del miedo, la tristeza o el gemido hoy prevalecientes en el mundo: “Alégrense más bien, y regocíjense por siempre, por lo que estoy a punto de crear: Estoy por crear una Jerusalén feliz, un pueblo lleno de alegría. Me regocijaré por Jerusalén y me alegraré en mi pueblo; no volverán a oírse en ella voces de llanto ni gritos de clamor” (65:18, 19, NVI); “Y volverán los rescatados por el Señor, y entrarán en Sión con cantos de alegría, coronados de una alegría eterna. Los alcanzarán la alegría y el regocijo, y se alejarán la tristeza y el gemido” (35:10, NVI).

El apóstol Pablo dice: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rom. 8:18), y unos versículos después: “Porque en esperanza fuimos salvos” (vers. 24). En efecto, las circunstancias dolorosas del tiempo en que vivimos nos van acercando vertiginosamente a su final; son advertencias apremiantes del cielo para que fortalezcamos y reavivemos nuestra esperanza. El tiempo es corto y, muy pronto, llegará el fin de todos los llantos, clamores y dolores del presente, vivamos esta magnífica esperanza que es prenda de la salvación.

Hoy es un día para experimentar los goces anticipados del cielo. ¡Hay un Dios en los cielos!

## Soldado, ¿puedo asistir a tu iglesia?

*“Encomienda a Jehová tu camino, confía en él y él hará.  
Exhibirá tu justicia como la luz y tu derecho como el mediodía”*  
(Salmo 37:5, 6).

La primera vez que hablé con el teniente coronel jefe del batallón donde presté el servicio militar fue en el campamento de instrucción. Yo era un recluta que me negaba a hacer instrucción en sábado porque era adventista del séptimo día. Aquel sábado, como no quise incorporarme al pelotón de instrucción, me encerraron en el calabozo, esperando que llegase el teniente coronel para que ordenara lo que tenían que hacer conmigo. Cuando llegó, me dijo que debía cumplir enteramente el programa de instrucción ordenado por la Capitán General y que ese programa incluía prácticas los sábados por la mañana. Ni él, ni nadie, podían dispensarme de los ejercicios del sábado durante el período de instrucción. Me quedé preocupado, sin saber lo que la Providencia podría prever para mí el siguiente sábado.

Recordé entonces que ante una situación extrema, el Salmo 37 decía: “Confía en él y él hará”. Pasé la semana orando y llegó aquel sábado decisivo. Nunca supe por qué ese sábado no hubo ejercicios de instrucción. Durante la siguiente semana, el capitán médico me incorporó como socorrista al dispensario, y tampoco sé bien por qué nunca más hubo instrucción los sábados por la mañana.

Al terminar el campamento, el teniente coronel jefe volvió a hablar conmigo, esta vez para decirme: “Soldado, te vamos a destinar a donde se lleva el control de las guardias de oficiales, suboficiales y tropa”. En ese destino jamás tendría problemas con el sábado. Tiempo después, el teniente coronel me llamó a su despacho y me dijo: “Te vamos a dar el pase pernocta para que puedas continuar tus estudios de bachillerato”. El pase pernocta era un permiso para dormir en casa todas las noches, un privilegio que solo teníamos tres soldados del batallón.

Aquel jefe militar había servido en Marruecos, donde conoció a familias judías que guardaban el sábado. Era viudo, con un hijo de mi edad, y se interesaba por mi iglesia: “¿Cómo celebráis vuestro culto? ¿Se casan vuestros pastores? ¿Tenéis iglesias en muchos lugares?” En uno de estos sorprendentes interrogatorios, me confió: “Soldado, ¿puedo asistir a tu iglesia? No, no te inquietes, iré de paisano”. Aunque le hice una invitación formal, nunca se atrevió a visitarnos. Cuando me licencié, fui a despedirme de él y le regalé una Biblia como recuerdo.

Cuando decidimos ser fieles al Señor, él abre las puertas para que aquellos que nos rodean perciban que hay un Dios en los cielos.

## El Espíritu Santo y Filipos

---

*“Una noche, Pablo tuvo una visión. Un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: ‘Pasa a Macedonia y ayúdanos’”*  
(Hechos 16:9).

23

noviembre

Raras veces el Espíritu Santo interviene de manera tan ostensible como lo hizo al conducir a Pablo y sus colaboradores a la ciudad de Filipos. Dos veces el Espíritu Santo les prohibió que fuesen a Asia o Bitinia; dos veces fueron conscientes de que el Espíritu estaba interviniendo de manera inconfundible en el trazado del itinerario del viaje. Finalmente, llegados a la ciudad de Troas, Pablo recibió una visión en la cual un macedonio le rogaba: “Pasa a Macedonia y ayúdanos”.

Ya no hubo incertidumbre ni dilaciones. Pronto llegaron a Filipos, la primera ciudad de Macedonia. No había sinagoga, los pocos prosélitos existentes, la mayor parte mujeres, se reunían junto al río. Allí fueron a predicar Pablo y sus colaboradores con magníficos resultados. La primera en aceptar el evangelio fue Lidia, la vendedora de púrpura. Así comenzó la iglesia de Filipos, un inicio providencial. Pablo entendió que no hay otro secreto mejor para el progreso del evangelio que seguir las directrices del Espíritu Santo. Y lo mismo podemos decir de cualquier proyecto de la iglesia hoy, o de cualquier plan importante en la vida.

Pero la providencia del Espíritu Santo no solo se manifiesta en los éxitos fulgurantes de los creyentes, también está presente en las pruebas. A veces, los resultados más significativos se obtienen después de inesperados episodios de sufrimiento. Esto fue ciertamente lo que les ocurrió a Pablo y a Silas. La curación de una jovencita poseesa que supuestamente adivinaba les llevó a una situación absolutamente inconcebible: sus vestiduras rotas, las espaldas desgarradas por el apaleamiento con varas, encerrados en un oscuro calabozo y los pies metidos en un cepo, todo realizado con incomparable destreza por el carcelero de Filipos.

Pero ¿cómo fue esto posible? ¿No habían sido conducidos hasta Filipos por el Espíritu Santo? ¿Acaso no querían ir ellos a otras provincias? ¿Por qué sufrían aquel durísimo castigo? Lógicas conclusiones, pero no de Pablo y Silas porque ellos, a la media noche, estaban cantando himnos a Dios. Por eso se produjo un terremoto que abrió todos los calabozos, por eso también ¡se convirtió el carcelero! Este fue el resultado más grande en la experiencia de Filipos y el más fructífero porque miles a lo largo de los siglos se han convertido al escuchar esta historia.

Deja hoy que el Espíritu Santo conduzca tu vida. Aunque sucedan circunstancias que no entiendas, ¡confía en él! Si lo haces, sabrás que hay un Dios en los cielos...

## El tesoro escondido

.....

*“Además el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo”*  
(Mateo 13:44).

Cuando yo era muchacho, me gustaba jugar con mis amigos por los pasadizos subterráneos de las ruinas del Castillo Palomar buscando tesoros. Aquel viejo recinto del que solo quedaban algunos vestigios había sido durante la Edad Media un importante palacio de alguno de los jeques árabes que durante varios siglos dominaron la región. La fantasía y el afán de aventura juvenil nos hacía pensar que en aquellas cuevas, salas subterráneas y estrechos pasadizos que un día comunicaron el bosque con el interior del palacio podía haber quedado escondido algún tesoro con monedas, joyas y objetos de la época. Nunca hallamos nada.

Un día, convoqué a mis amigos en una de las cuevas del Castillo Palomar. Tenía que comunicarles algo muy importante: yo, de doce años de edad, ¡había descubierto un tesoro! Ya habían pasado unos meses desde el feliz descubrimiento, pero había guardado silencio hasta estar plenamente seguro del valor de lo que había encontrado. La expectación de mis amigos fue enorme. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué contenía? ¿Quién lo sabía además de nosotros?

Pronto todo quedó revelado. Les expliqué que, llevado por mi hermano mayor, había comenzado a frecuentar la Iglesia Adventista de nuestra ciudad, ubicada en una vivienda donde se habían derribado paredes para construir la sala de reuniones y en cuya puerta de entrada siempre había un policía vigilando, allí se daban conferencias sobre las profecías bíblicas. Allí, había encontrado a un grupo de muchachos de mi edad, simpáticos, amables, inteligentes que me contaban cosas acerca del evangelio que yo nunca había oído. Allí, en una Biblia que me había regalado mi hermano, había descubierto lo que Jesús había hecho para salvar al mundo de las consecuencias del pecado. Sí, allí, en mi Biblia, había encontrado el tesoro escondido del que habló Jesús en la parábola. Invité a Benito y Gary a compartir conmigo aquel tesoro y ellos aceptaron. Entonces, renunciamos a nuestros juegos en las ruinas del Castillo Palomar y nos aficionamos desde entonces a buscar, investigar, conocer el tesoro imperecedero del reino de Dios. Y hoy, más de sesenta años después, los tres amigos seguimos descubriendo nuevas riquezas escondidas en la Palabra de Dios: el inconmensurable valor de la misericordia divina, su providencia y sus promesas.

Hay grandes tesoros para ti en la Palabra de Dios. Dispón tu corazón hoy para encontrarlos.

## Para que no pase hambre

.....

*“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas  
mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos,  
según el poder que actúa en nosotros”*  
(Efesios 3:20).

25

noviembre

Desde que éramos niños, mi padre hacía el recuento de sus ingresos del día y nos dejaba encima de la mesa un poco de la calderilla que había recogido en su trabajo, indicando en una hoja de su libreta a quién iba destinada: “Esto para Adolfo, esto para Carlos, esto para Pedro”. Lo primero que hacíamos los niños al levantarnos –mi padre ya había salido a trabajar– era ir rápidamente a la mesa del comedor para saber a quién y cuánto nos había dejado aquella noche. Así fue durante casi diez años, hasta que fuimos mayores y pudimos tener nuestros propios ingresos como resultado de nuestro trabajo.

Cuando decidí ir a estudiar al seminario adventista de Madrid, el plan era que primeramente, durante el verano, yo me fuera a colportar para ganarme la colegiatura. Tarea ardua y difícil en aquel momento, no solamente por la precaria situación económica del país, sino también por mi timidez hacia la gente. Aquella mañana, la última que iba a pasar en mi casa, al levantarme me acerqué como era habitual a la mesa. ¡No había calderilla! Más bien, encontré un billete de mil pesetas con la habitual hojita de papel, en la que mi padre había escrito: “Esto para Carlos, para que no pase hambre”. ¡Mil pesetas! ¡Casi el salario mensual de un trabajador de entonces! Después de la comida, en el momento de despedirnos, mi padre volvió a expresar sus presagios pesimistas respecto al colportaje, dirigiéndose al joven que la editorial había enviado para instruirme: “Carlos en los estudios irá bien, pero en el colportaje será un fracaso”. Y se fue.

Pero en aquel venturoso verano de 1956 las cosas salieron de acuerdo con los providentes planes de Dios. Nuestro versículo de hoy dice que Dios es poderoso para sorprendernos con resultados mucho más abundantes de lo que fueron capaces de calcular nuestros pronósticos. Y así fue. Mis ventas en el colportaje me permitieron ganar no una escolaridad sino tres. Cuando concluyó aquella campaña de verano, fui el primero en ventas de los colportores estudiantes, regresé a mi casa con una cartilla de ahorros donde guardaba sustanciosas ganancias y, lo más importante, tanto mi padre como mi madre, mis hermanos y yo mismo habíamos comprendido que en las situaciones difíciles Dios no nos deja calderilla en los bolsillos, sino mucho más, muchísimo más de lo que podíamos pedir o entender.

Recuerda hoy que los planes de Dios están por encima del más elevado pensamiento humano.

26  
noviembre

## Discípulos en secreto

.....

*“Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiera llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces fue y se llevó el cuerpo de Jesús”*  
(Juan 19:38).

Concepción tenía 18 años cuando comencé mi ministerio en la pequeña ciudad de Liria (Valencia, España). Alicia, una joven de la iglesia, me la presentó y me dijo que quería recibir estudios bíblicos, a pesar de la oposición de sus padres. Era hija única. Además, sus padres tenían una buena posición económica y eran muy conocidos en la ciudad y, bajo ningún concepto, iban a permitir que su hija se relacionara con “los protestantes de la granja”, como llamaban en el pueblo a los adventistas. En aquel tiempo, los prejuicios religiosos eran enormes, propiciados por las autoridades y por los dos arciprestes de las dos iglesias parroquiales más importantes de la ciudad.

A pesar de todo, Concepción era una joven valiente, dispuesta a seguir adelante con su propósito de conocer la Palabra de Dios. La cuestión era cuándo y dónde. Para evitar que sus padres se enteraran y se lo impidieran, decidimos que los estudios bíblicos los recibiría en las ruinas de una vieja ermita no muy lejos de su casa, a la hora de la siesta, mientras sus padres dormían. Y así lo hicimos durante casi un año. La joven, acompañada de Alicia, venía por un camino al lugar escogido, y yo iba por otro. Concepción se bautizó en secreto y, hasta hoy, es una fiel miembro de la iglesia de Liria. Cuando sus padres murieron, ya se había casado, pero ella, de acuerdo con su esposo, testificó abiertamente en el pueblo de su fe adventista y, llegado el momento de construir un nuevo templo, ayudó con generosidad a este y a otros proyectos de la iglesia.

Durante un tiempo, José de Arimatea y Nicodemo fueron discípulos de Jesús en secreto, defendiendo la causa de Cristo e impidiendo que el sanedrín la hiciera abortar. Pero cuando fue necesario romper aquel anonimato y evitar que el cuerpo muerto de Jesús fuese sepultado en una tumba deshonrosa, ellos, hombres ricos e influyentes, consiguieron que Pilato les entregara el cuerpo para embalsamarlo y darle digna sepultura.

Si Dios te ha llamado a servirle en medio de circunstancias complicadas, es posible que, por tu propia seguridad, tengas que ser de los discípulos secretos del Señor. Pero se dará el momento para que, abiertamente, puedas proclamar la verdad que está hoy en tu corazón. ¡Confía en él!

## El fruto de la perseverancia

---

*“No nos cansemos, pues, de hacer bien,  
porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”*  
(Gálatas 6:9).

27

noviembre

El 6 de enero de 1982 un jurado otorgó el premio Nadal a Carmen Gómez Ojea, de 36 años, casada, madre de cinco hijos y ama de casa, además de licenciada en Filología Románica, y colaboradora en varios periódicos y revistas. Pocos días antes había recibido también otro premio de novela corta, el Tigre Juan de Oviedo. También, se había presentado a otros trece concursos, en los cuales obtuvo por lo menos dos premios. Siguió luchando y opositando en otros numerosos certámenes. Su actitud perseverante rendiría importantes frutos más adelante. Pero este no es el único caso en que se puede elogiar la perseverancia y el coraje. La quinta sinfonía de Bruckner se estrenó a los diecinueve años de haber sido compuesta. En estas personas no hubo lugar ni tiempo para el desaliento. La constancia, el saber encajar los aparentes fracasos, el don de mantener la esperanza en medio de las dificultades, tienen siempre, como dice el texto, una cosecha gratificadora. Y esto es verdad tanto en las realizaciones de la vida como en la práctica del bien por los demás.

A menudo se ha considerado la paciencia y la perseverancia como virtudes pasivas: saber soportar y tolerar las adversidades de la vida sin lamentarse, aguantar, sufrir, resignarse. Pero estas virtudes tienen ambas un componente activo muy importante: la constancia, la fortaleza, la firmeza, el coraje, la espera activa. En el Evangelio de Mateo hay una frase que se repite en dos ocasiones: “el que persevere hasta el fin, este será salvo” (Mat. 10:22). El término griego empleado para perseverar es *hupomeinas*, que tiene un amplio abanico de significados, entre otros: “Aguardar a pie firme”, “sostener el ataque”, “emprender”, “oponerse a”, “osar”. En cuanto al texto de Apocalipsis 14:12, muy familiar para los adventistas: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (RVR60), el término griego traducido por paciencia es un sustantivo de la misma raíz que el anterior que significa “paciencia”, “perseverancia”, “persistencia”, “espera”.

En un tiempo de inconsistencia ideológica, de fácil pérdida de identidad, de deserción, oportunismo religioso y pragmatismo interesado, cuando lo habitual es “arrimarse al sol que más caliente”, en un tiempo para los cristianos de cansancio, letargo, en la larga espera, Dios nos pide que tengamos la fortaleza, la firmeza de perseverar porque muy pronto “segaremos, si no desmayamos”.

Persevera hoy para ser un mejor creyente. No te desalientes. A su tiempo, verás atractivos resultados.

## La confesión de los pecados

“Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho”  
(Santiago 5:16).

Mientras estaba realizando mi tesis doctoral en la Universidad Autónoma de Madrid, visitaba regularmente a mi asesor para pedirle orientación. Él sabía que yo era pastor adventista, pero eso no impidió que llegásemos a simpatizar tanto que, en algún momento, me consideró como una ayuda en asuntos espirituales. Un día, en su casa, se sinceró conmigo y me hizo la siguiente pregunta: “Dígame, Puyol, ¿realmente es necesario confesarse con un hombre y abrirle las intimidades de la conciencia para poder comulgar? Mi esposa es católica practicante. A mí me gusta acompañarla los domingos a la misa y tomar la comunión con ella, pero no me gusta confesarme antes de participar en la eucaristía”. Me contó que quien había sido su confesor durante muchos años se había secularizado y había dejado el sacerdocio, además, se había casado y ahora guardaba en su memoria los secretos de las vidas de sus hijos e hijas de confesión. El profesor se sentía traicionado. ¿Qué podía hacer?

La confesión auricular no se generalizó en la iglesia cristiana primitiva hasta el año 600 de nuestra era. Antes de esa fecha, se realizaban confesiones públicas de algunos pecados y se recibía la absolución una vez al año, el Jueves Santo. Los pecados personales se dirimían mediante la confesión directa con Dios. Los católicos reconocen que el *ego te absolvo* (yo te perdono), que pronuncia el sacerdote es por delegación divina, porque solo Dios tiene per se potestad de perdonar los pecados (Mar. 2:7). La iglesia apostólica nunca entendió que Jesús estaba instituyendo la confesión auricular y la absolución consecuente por parte de los apóstoles. No existe ningún precedente de esta práctica religiosa en el Nuevo Testamento. Santiago habla de “confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros” (5:16) evidenciando, de este modo, la necesidad de perdonarnos unos a otros las ofensas que nos hacemos, sabiendo que ese perdón obra también en el cielo. Tampoco hemos de confundir la confesión auricular y la absolución de los pecados con el ejercicio de la disciplina eclesiástica que Dios delegó en la iglesia (Mat. 18:15-18) y de la que tenemos referentes en el Nuevo Testamento (1 Cor. 5:5; 1 Tim. 1:20).

Recomendé al profesor que se confesase directamente con Dios y diese, de este modo, paz a su conciencia. Después supe que un sacerdote, amigo suyo, le había recomendado lo mismo.

Este día, confiesa al Señor tus pecados. Él te dará el perdón.

## El Médico divino

.....

*“Él es quien perdona todas tus maldades,  
el que sana todas tus dolencias, el que rescata del hoyo tu vida,  
el que te corona de favores y misericordias”*

(Salmo 103:3, 4).

29

noviembre

El Hospital Universitario La Paz es uno de los mayores policlínicos de Madrid y uno de los tres mejores hospitales de España. Desde hace varios años, mi familia nos hemos “aficionado” a este hospital, primero yo, afectado de un infarto en las arterias coronarias. Dos meses más tarde, mi hermano, aquejado también de un infarto de miocardio. Cinco meses después, mi hijo, a quien le practicaron una artroscopia y unas semanas más tarde mi esposa fue operada para implantarle una prótesis de rodilla. Muchos asocian un hospital con el dolor, con la enfermedad o con el sufrimiento y es verdad, en cierta medida. En un hospital se hacen diagnósticos fatales, se sufre y algunos pacientes mueren.

Pero también se tratan y curan muchas enfermedades, se alivian dolencias, se dan cuidados paliativos, se evitan muchas muertes. En el Hospital Universitario La Paz hay un servicio de facultativos especializados en tratar y evitar el dolor de los pacientes. Y hay más: cuánto amor, cuidado, solicitud del personal que trabaja en ese hospital. ¡Cuánta ciencia y experiencia de parte de sus médicos y enfermeras para combatir los males del cuerpo humano! ¡Qué gran alivio! ¡Qué confianza despiertan en los pacientes! Es como si el Dios de los cielos, a quien el rey David bendecía con toda su alma por todos sus beneficios, hubiese delegado en esas instituciones de salud y en su personal, la misión benéfica de paliar, de socorrer, de combatir la enfermedad y el sufrimiento inherente a la vida en este mundo. En este punto, hay algo que todos los que trabajan en los servicios de salud han de recordar: “Cristo es el verdadero jefe de la profesión médica. El supremo Médico se encuentra siempre al lado de todo aquel que ejerce esa profesión en el temor de Dios y trabaja para aliviar las dolencias humanas. [...] La enfermedad, el padecimiento y la muerte son obra de un poder enemigo. Satanás es el que destruye; Dios el que restaura” (*El ministerio de curación*, pp. 75, 76).

La promesa de la Biblia es que Dios es “el que sana todas tus dolencias” físicas y emocionales. No hay nada que el Señor no pueda curar. Y cuando un ser humano que ejerce la profesión médica se coloca en sus manos, puede ser un gran instrumento de restauración, esperanza y bienestar hacia sus semejantes.

Hoy es un buen día para proclamar a otros que en Jesús hay sanidad.

## Oro y acero por dentro

.....

*“A uno que prevalece contra otro, dos lo resisten,  
pues cordón de tres dobleces no se rompe pronto”*  
(Eclesiastés 4:12).

Aunque muchas veces se ha usado este versículo para hablar del matrimonio, hoy quisiera citarlo como referente de la relación personal que deben tener los miembros de iglesia unos con otros y con Cristo.

Todos nosotros, individualmente, somos en la iglesia como hilos, hebras compuestos de diferentes fibras y colores: unas fuertes y finas como la seda; otras más comunes pero muy versátiles y útiles, como la lana, el algodón o el lino; algunas son especialmente resistentes, como el cáñamo; otras más bastas, aunque fuertes, como el esparto. No incluyo aquí las fibras sintéticas porque no son auténticas, no son una creación de Dios, son un sucedáneo de las fibras naturales inventado por el hombre.

A causa del pecado, somos todos hilos frágiles que nos rompemos fácilmente, que no resistimos cuando estamos sometidos a fuertes tensiones o a ciertos golpes que nos cortan como si fueran tijeras. Pero, cuando con los vínculos del compañerismo cristiano y el amor fraternal nos juntamos y trenzamos unos con otros, nos fortalecemos y adquirimos mayor resistencia sin perder la elasticidad de la individualidad, porque como dice el texto: “Si caen, el uno levantará a su compañero” (Ecl. 4:10). En efecto, no solo el matrimonio y la familia, sino también la amistad, la solidaridad, la asociación de miembros de iglesia para la vida colectiva nos dan más fuerza y nos hacen casi irrompibles. Somos como un hermoso cordón de muchos cabos.

Pero aun así, los ataques del diablo, las circunstancias graves de la vida cristiana y, sobre todo, los problemas personales de la convivencia, nos desgastan primero y nos deshilachan después, reduciendo considerablemente nuestra resistencia y pudiendo llegar incluso a rompernos. Por eso, necesitamos estar trenzados con Cristo. Dios el gran Tejedor del cielo, hace girar y girar, por medio del Espíritu Santo, el huso y la rueca, y sus finos dedos hilan con destreza las hebras humanas de algodón, de lana o de seda con las preciosas y fuertes hebras de Cristo, de oro y de acero. Y así, los tres cabos del cordón resultante: el tuyo, el mío y el de Cristo, perfectamente trenzados, hacen un cordón que nada ni nadie puede romper.

Porque hay un Dios en los cielos... tú puedes mantener una relación más sólida con tus seres queridos. Decídetes hoy a hacer todo lo que esté en tus manos para que esto sea posible.